

pletas, homogéneas y de más marcado sabor popular entre las demás romances, sus hermanas. Al ponerla en parangón con las peninsulares, la hallamos ya desde su principio más formada que la portuguesa y superior á ella, tanto por su valor intrínseco, como por su originalidad y abundancia, sobre todo en los dominios de la prosa, tan poco frecuentados por los escritores lusitanos en los orígenes de su producción nacional. Se distinguen ambas literaturas en que la portuguesa ha seguido por punto general los destinos de la castellana, con la cual ha vivido íntimamente enlazada, mientras la catalana se desarrolló hasta el siglo xv, por lo menos, con completa independencia de ella y con la vista puesta preferentemente en Francia y en Italia.

No me mueve la pasión al afirmar ahora que nuestra literatura puede soportar un honroso cotejo con la antigua castellana. No tiene, como ella, una epopeya fragmentaria, donde se engarzan las gestas más históricas y severas que ha producido la inspiración de los tiempos medios; ni monumentos legales de factura tan grandiosa como el inmortal código del Rey Sabio, que anticipa en el orden jurídico los ideales del Renacimiento; ni posee las numerosas compilaciones históricas de Castilla, ya universales, ya de la península entera, que reflejan la aspiración á la unidad nacional de que aquella región fué el campeón decidido; pero en cambio puede oponerle colosales enciclopedias

superiores á todos los *tesoros* y *espéculos* de la época; gigantes en la filosofía y apóstoles en la predicación, cual no los conoció entonces la tierra castellana; poetas líricos más profundos y humanos, y en disciplina métrica y en el arte de trobar, ya directamente, ya como intermediaria de la tradición provenzal, mereció el honor de ser la maestra y el modelo de los innumerables trovadores que llenan las cortes de la España central desde Don Juan II hasta los Reyes Católicos. Sólo después de terminada la Reconquista y realizada la unidad española, es cuando Castilla se alza con el cetro literario de toda la península; sólo entonces es cuando toda comparación es desigual, porque en rigor no hay en España más que una sola literatura, que es la castellana, la cual adquiere un carácter nacional predominante, así por su valor propio, como por la cooperación de casi todas las regiones de la monarquía. Su poderoso espíritu se inoculara en el seno de la producción de Portugal, que se hace bilingüe, á pesar de su separación política; avasalla á Valencia, que fué en los tiempos medios la Atenas de las letras catalanas, y domina con su prestigio la inspiración de Cataluña, que menos dúctil y más tenaz á la asimilación que la portuguesa, prefiere enmudecer ante la gloria de su afortunada hermana.

Al extender ahora nuestro rápido paralelo á las letras de Francia y de Italia, hemos de reconocer

nuestra inferioridad, sobre todo respecto de la segunda. La literatura francesa, con su atropellada y monstruosa abundancia, que no se hermanó siempre con el buen gusto, fué el arsenal inagotable que saquearon los escritores de todos los países; y la catalana quizás se aprovechó de él, por motivos de vecindad, más que ninguna otra. En las leyendas devotas, en los cuentos y *fabliaux*, en las obras latino-elesiásticas, en los géneros romancescos, bien puede afirmarse que es francesa la mitad de nuestra producción, especialmente de la prosaica. Pero así y todo, la distingue un aire indígena muy marcado que imprime su sello hasta en lo advenedizo, y compite con su adocrinadora en el original relieve de algunos escritores de primer orden, filósofos y moralistas, cronistas y poetas, que tal vez no tienen quien los aventaje en la nación vecina.

Al terminar el siglo xiv los poetas y prosistas de Cataluña vuelven con asombro sus ojos hacia el sol que de Italia se levanta. Entonces reinan Dante, Petrarca y Boccaccio como únicos señores de nuestra inspiración, perfeccionando nuestra métrica y haciendo de nuestra prosa popular y sencilla, una prosa elegante, culta, digna de competir con su modelo. Nuestro renacimiento es más italiano que clásico; la erudición latina de nuestros prosistas y poetas deriva principalmente de los trescentistas italianos; italiano es nuestro hipérbaton é italiano el movimiento yámbico de nuestro endecasílabo.

En la poesía siguieron las letras catalanas como principal modelo la imitación provenzal; quizás con menos arte y destreza que su maestra, con rigidez mecánica á veces; mas siempre con mayor alteza de inspiración, con más sinceridad de sentimiento, con más gravedad. Con todos sus defectos, diremos con Milá, no cambiaríamos nuestra escuela poética con ninguna otra de trovadores. Es un hecho que así el genio catalán como el castellano, nutridos por una corriente sana de realismo, repugnaron al principio en su lengua nativa el lirismo de convención, que merced á la influencia provenzal, privaba entonces en las cortes del Mediodía de Europa, y no acertaron á expresarlo sino en lenguas afines, que aunque hermanas y de la misma familia, no eran verdaderamente populares. El genuino lirismo, el indígena y espontáneo, sólo floreció en la Edad Media entre los soñadores hijos de Galicia, á orillas de sus ríos, á la sombra de sus montes, ante las olas de sus mares embravecidos ó en sus idílicas romerías, con un fondo de sentimiento y de ternura inefables, con una vaga melancolía y un amor á la naturaleza antes no conocidos, con una intimidad afectiva, que es su mayor encanto. De este lirismo natural contienen gérmenes muy preciosos la musa provenzal y algunas danzas y cantos de nuestros antiguos trovadores, pero á la verdad no con la generosa abundancia de la poesía gallega, que se adelanta en este punto

al genio romántico de la inspiración moderna. Además de este rico fondo poético rústico ó idílico, le faltan á nuestra literatura tradiciones poéticas nacionales, vacío que sorprende ante el pronunciado color épico y legendario de las hazañas de nuestros reyes. Fáltale, por último, teatro propio, que si bien iniciado en la Edad Media, en su aspecto religioso, con más riqueza que el de Castilla y Portugal, fué muy pronto ahogado por el Renacimiento, y sobre todo por la pujanza de la escena española, cuyas vigorosas raíces, que se extendieron desde Valencia á Lisboa, redujeron así mismo á vida muy precaria la incipiente dramática lusitana.

Pero como antes dije, la tónica diferencial de nuestra literatura se halla en su carácter práctico y en su fisonomía popular. Estas son las cualidades que tienen en ella algo de extraordinario y peculiar y que muestran más á las claras su decidido temperamento nacional. Por ellas hablaron por vez primera en catalán, antes que en otro romance, la prosa filosófica y la mística, la teología y aún las ciencias médicas y naturales.

Tan grande fué el prestigio de la civilización clásica en el seno de las nacientes sociedades cristianas, que el latín continuó siendo su única lengua escrita, la lengua de la ciencia y de la Iglesia, perpetuando por largos siglos el monopolio del saber en manos de la clerecía. De ello resultó el

fraccionamiento de la actividad intelectual en todos los pueblos occidentales en dos mitades desiguales, sustrayéndose á la influencia de las letras populares los espíritus más cultos, más distinguidos de aquellos tiempos. Pues bien: esta ley casi general en la Edad Media no se observa en Cataluña de un modo tan exclusivo. La ciencia latino-elesiástica no es tan rica y tan importante aquí como en Francia, y mucho menos que en Italia, la más latina entre sus hermanas por atavismo de raza, por el glorioso recuerdo, nunca del todo extinguido, de su grandeza política y literaria. Nada refleja tanto el temple utilitario de nuestro pueblo como el *parti pris* de substituir el latín por el catalán en los dominios de la ciencia, haciéndola llegar hasta las más ínfimas capas sociales. En este punto, ciencias y letras no hacían otra cosa que ponerse en consonancia con el carácter esencialmente democrático de nuestras instituciones, de nuestra monarquía, de nuestra sociedad, y en esta tarea la ayudaba á maravilla un medio de expresión sencillo y llano como pocos y más esclavo de la transparencia del concepto que de la hermosura de la forma.

Por este doble sentido práctico y popular de la gente catalana, su prosa se levanta muy por cima de su poesía, y es mucho más nacional que ella. Nuestra prosa se distingue por su vigor, por su sencillez, por sus cualidades positivas, por su

tendencia á la observación; y estas condiciones están en completa armonía, como alguien ha notado ya, con el espíritu de aquella raza compuesta de hombres de acción, reflexivos, duros, resueltos, perseverantes, con vistas á la violencia y á la intemperancia, que forman parte de su especial idiosincrasia. Encarnación sublime de tal temperamento fué el legendario rey D. Jaime, verdadero almogávar coronado que terminó de un solo golpe la reconquista de la tierra solariega, y después de él, todos nuestros grandes escritores y pensadores, quien más quien menos, llevaron fuertemente impreso este sello de energía y de movimiento febril que correspondía á la expansión conquistadora y mercantil de Cataluña al través del Mediterráneo. Almogávar ó caballero andante del pensamiento catalán se ha apellidado ya á Ramón Lull; almogávar de las ciencias fué Arnau de Vilanova; almogávar de la historia, Muntaner; almogávar de la predicación evangélica, San Vicente Ferrer; todos aparecen animados del mismo espíritu activo y batallador; todos salieron de su terruño nativo y recorrieron la Europa en las más expuestas direcciones; todos se sintieron irresistiblemente llevados de un afán desapoderado de proselitismo; todos por este mismo anhelo de divulgación, cultivaron con entrañable amor su lengua propia, predicando en ella, escribiendo en ella, haciendo llegar en ella hasta las indoctas muchedumbres innumerables libros de todo género, y

llevándola luego triunfalmente con el vuelo de su ciencia ó el arrogante impulso de sus armas desde Granada á París, desde la tártara Moscou hasta las Puertas de Hierro de la Armenia, desde la hermosa Catania hasta las maravillas de la augusta Acrópolis.

De ahí que toda la poesía de nuestra raza y toda su actividad mental y real se concentre en nuestra prosa; de ahí que en Cataluña la historia real y la historia narrada fuesen más poéticas que su poesía; de ahí, por último, que el alma entera de nuestra antigua vida nacional se encarne en nuestros pensadores y sobre todo en nuestros cronistas. De sus inimitables narraciones ha dicho uno de nuestros más excelsos líricos contemporáneos que eran los Evangelios de la tierra catalana. Obras de observación directa, viva copia de una realidad histórica que parece una leyenda y una epopeya, son las joyas de nuestra literatura medioeval. Hijas del estudio de la vida, no de los libros, como las viejas compilaciones históricas castellana, de ella sacaron aquel tesoro de experiencia humana, que tanto nos hechiza, aquella savia vigorosa de verdad, que tan intensamente nos emociona. Sus autores fueron ignorantes de erudición y de ciencia en la época en que el Renacimiento iba á renovar todo y á borrar las páginas más originales de la Edad Media. Eran hombres antes que sabios. Eran candorosos y sencillos como ni-

ños, llenos de experiencia y de malicia como viejos, grandes y naturales como héroes, y de esta mezcla de sentimientos heroicos, infantiles y humanos, nace el mayor precio de aquellos libros que tienen la grandeza de las gestas heroicas, el realismo crudo de la vida y la poesía misteriosa de los cuentos de hadas.

Tras de la gloriosa serie de nuestros cronistas, Ramón Lull. Aquí el espíritu popular sube de punto y toma algo de extraordinario, porque no se trata ya de narrar la vida humana, llena de acción y movimiento, sino de exponer las más abstrusas concepciones de la mente. Lull es figura única en el desarrollo del pensamiento medio-eval. Todos los colosos de la filosofía de aquel siglo, y aun los que le siguieron, escribieron en latín sus obras: sólo Lull rompiendo atrevidamente con las preocupaciones de la escuela se lanzó á intentarlo en la lengua del vulgo de su patria. Por eso sus concepciones filosóficas, cuyo valor intrínseco no trato de prejuzgar aquí, salieron llenas de frescura y entusiasmo, vivificadas unas veces por el espíritu poético, movidas otras del ardoroso incentivo del proselitismo. Por eso Lull más que ningún otro merece ser llamado el apóstol demócrata de las ciencias trascendentales, el adalid popular del pensamiento humano, y nadie le disputará la gloria de haber vestido el primero á la filosofía la túnica plebeya, para que el pueblo la amase y se familiarizara con

ella y la comprendiese y al calor de sus fulgores se encendiera en amor de Dios y de los hombres. Y no sólo habló por él la filosofía en aquel expresivo romance que avasalló en el siglo XIV la cuna de las letras y de las artes, sino también la mística, cuya cadena de oro en la tradición española abre con los tiernos deliquios del *Amich* y del *Amat*. Ningún otro pueblo puede presentar en los orígenes de su historia literaria un monumento de tanta trascendencia como el soberano *Libre de contemplació* del filósofo mallorquín, libro *princeps* de la literatura catalana, que en concepto del eminente doctor Torras y Bages, tiene para ella una importancia semejante á la de la *Divina Comedia* para las letras italianas (1).

No es necesario seguir paso á paso todos los aspectos del pensamiento y de la inspiración catalanes, para llevar á vuestro ánimo el convencimiento de esa su característica popular y práctica. Lo han demostrado ya el género histórico puramente contemporáneo y de circunstancias y la prosa filosófica con sus anhelos de aplicación inmediata; lo demostrarían también si las llamásemos á examen la prosa religiosa de tendencia catequística, la prosa política y moral presentando en *Eximenis* la explicación científica de la vida huma-

---

(1) *La Tradició catalana, estudi del valor ètic y racional del regionalisme catalá per Joseph Torras y Bages, prevere.* — Barcelona. — Estampa de F. Giró. — 1892, p. 330.

na y social bajo el imperio de la ley cristiana, y lo demostraría la misma novela, que así se base en tradiciones bretonas como en el *Tirant lo Blanch* ó en modelos italianos como en el *Curial*, la hallamos siempre abrazada con la realidad histórica y el sentimiento popular, describiendo las costumbres de la época y huyendo de la pasión por lo fantástico y lo maravilloso que llena de absurdos desvaríos las narraciones caballerescas de Castilla.

No podemos seguir por este camino, que sobrado largo y desatado va siendo este discurso; pero saludemos siquiera antes de terminar el período más nacional y original de nuestra literatura, una figura grandiosa que parece presentarse en él para cerrarle con llave de oro: la de aquel apóstol que hizo resonar la lengua catalana por todos los ámbitos de la Europa occidental. En San Vicente Ferrer resplandecen por última vez, en su forma más peculiar y ostensible por lo menos, las cualidades del espíritu catalán, y con su predicación fervorosa, desnuda de toda pretensión y afeite oratorio, sin vanidad retórica, enemiga de toda altisonancia como de un ultraje al buen sentido, caracteres que ha conservado siempre nuestra oratoria sagrada indígena, hace su postrer aparición el genio popular de nuestra raza.

Nada de extraño tiene que una literatura dotada de condiciones de vitalidad tan poderosas, se

impusiera como única nacional, en una confederación compuesta de pueblos diversos, pero de los cuales sólo uno se diferenciaba por su lengua. Es preciso afirmarlo de una vez para destruir ideas equivocadas sostenidas por la preocupación ó la ignorancia: la monarquía federativa de Aragón no tuvo otra literatura nacional que la catalana, y como tal la consideraron, además de Cataluña, los pueblos ó estados donde la lengua catalana no era un idioma advenedizo, el Rosellón, Valencia y las Baleares, y á su formación contribuyeron todos, aunque en desigual grado, con distintas preferencias por determinados géneros y en tiempos diversos, pero con admirable unidad de lenguaje y con idéntico espíritu. Aragón sintió tan de lleno su influencia, que se quedó sin literatura propia, pues no merecen el nombre de tal, su escaso caudal de obras históricas y jurídicas y los esfuerzos eruditos del gran Maestre Juan Fernández de Heredia, para dar vida á su dialecto nativo.

En otra circunstancia hemos de hacer hincapié antes de dar por terminada esta breve enumeración de las notas más salientes de nuestro organismo literario, y es, que éste se ostenta ya formado en el siglo XIII, como labrado de una sola pieza, sin vacilación alguna, ni otra ingerencia extraña que el elemento provenzal, que en rigor no puede calificarse de exótica, pues forma parte de su propia vida y arranca del mismo origen. Nada de tan-

teos ni ensayos en su orientación, ni en la elección del idioma que había de servirle de instrumento; nada de parciales cultivos dialectales como sucedió con el castellano y el italiano. De aquí una homogeneidad que no se ve en la historia del desarrollo de la producción de otros pueblos. Italia tuvo orígenes literarios franceses y provenzales; en el siglo XIII vacilaba todavía su lírica entre el provenzal y la lengua patria, y su prosa entre el francés y el latín; su emancipación literaria no se realiza hasta el siglo XIV, si bien de una manera rápida y gloriosa. Al morir Lull, cuando se habían escrito ya los más admirables monumentos científicos de Cataluña, y dos por lo menos, de sus mejores crónicas, todavía había de nacer Boccaccio, el creador de la prosa italiana, y de modelar sus estrofas inmortales Petrarca, el padre del lirismo moderno.

Tales son los relieves y los trazos más salientes que dan un aspecto exterior inconfundible, severo y atractivo á la par, al magnífico edificio de nuestra literatura, tan típico, tan diferente de los demás pueblos latinos; y tales las causas que poblaron el mundo intelectual de Cataluña de escritores originalísimos, los cuales, según lo ha demostrado ya el historiador de nuestra tradición filosófica, brillan además como astros de primera magnitud en el cielo de la civilización europea.

### III

He cumplido mi tarea dentro de los modestos límites en que me propuse llevarla á cabo. Mas no quiero terminarla sin hacer algunas ligeras manifestaciones.

Ante todo creo deber, en conciencia, un doble consejo á nuestra querida juventud, que tan hondamente abriga consoladores ideales de esperanza y de regeneración. Que el amor á nuestra literatura regional, por ella tan vivamente profesado, no entibie en lo más mínimo su entusiasmo y admiración por la literatura que por antonomasia recibe el nombre de española. Que la triste realidad que nos rodea no borre en ella el recuerdo de que España tuvo en la carrera de las armas y de las letras, días de gloria y de grandeza que á muy contados pueblos les ha sido dado alcanzar.

Y á los que no sean hijos de esta hidalga tierra, á los que miren á nuestra literatura antigua con indiferencia y desvío, y á nuestro moderno renacimiento con recelo y sobresalto, les diré también á mi vez, con un fecundo poeta catalán ya desaparecido (1), que nada deben temer de su exis-

---

(1) Víctor Balaguer. — Discurso leído ante la Real Academia de la Historia el día 10 de Octubre de 1875, p. 44.

tencia y de sus progresos, nada que pueda ser ni sombra siquiera de peligro para cosas sagradas. Todos los espíritus más cultivados de España, y en especial los historiadores más conspicuos de sus letras, los Amador de los Ríos, los Durán, los Menéndez y Pelayo, todos han tratado nuestra literatura con el respeto á que es acreedora, y la han colocado en sus obras en el lugar que de justicia le corresponde.

A nadie extrañará, por lo tanto, que aproveche esta ocasión solemne, en que el amor á la ciencia nos tiene congregados, para pedir en nombre de esta misma ciencia, la creación oficial en nuestra Universidad de una cátedra de literatura catalana. Lo que es una realidad en las Universidades extranjeras, séalo también para honra de nuestra cultura en las españolas. Sea pronto un hecho aquella hermosa aspiración del ilustre Menéndez y Pelayo, cuya autoridad no rehusará ninguno de vosotros, formulada hace ya más de veinte años en su *Ciencia española*, de que todas las literaturas que se hayan desarrollado en nuestro suelo, logren una cátedra para su estudio en aquellas ciudades generalmente consagradas por la tradición ó por la historia, como foco ó centro más importante de las mismas: la literatura catalana en Barcelona y Valencia; la gallego-portuguesa en Santiago de Galicia; las semíticas, ó sea, la hebrea y la árabe, en Granada ó en Sevilla, y la hispano-

latina, desde la época romana hasta el Renacimiento, en Salamanca, hogar glorioso de nuestra cultura clásica.

No es ni puede ser literatura advenediza en el cielo de las enseñanzas universitarias, nuestra literatura catalana, porque española es por su solar geográfico, española es por su historia y por sus relaciones con las demás ibéricas, y como española merece ser tratada. No importa que sus destinos literarios fueran algún día distintos de los de sus hermanas. El pacto de alianza entre ella y la castellana bien sellado quedó en este puerto de Barcelona, donde llegaron antes que al resto de España las brisas regeneradoras de Italia, por los que Menéndez y Pelayo denomina los dos Dioscuros de la lírica italo-hispana, Garcilaso y Boscán. Aquí, en esta ciudad, el mismo Garcilaso, y con él Gutierre de Cetina y Hurtado de Mendoza, mientras que echaban las bases del Parnaso español del Renacimiento, aprendían á traducir é imitar á Ausias March, y á su vez Boscán abandonaba su materna lengua para trobar en la castellana. Ya un siglo antes ambas literaturas se habían encontrado en el palacio del Marqués de Villena, en la coronación de Fernando de Antequera, en la corte brillante de Alfonso V y en la más gloriosa de los Reyes Católicos, y habían confundido más de una vez sus inspiraciones en los Cancioneros castellanos y lemosines, y se habían sorprendido de sus mutuas

semejanzas y reconocido como hermanas. Después de estos primeros saludos, puede decirse que no se soltaron jamás en su común carrera. Si el lirismo del siglo de oro nació en Barcelona, en Valencia se formó el teatro nacional, y si en Cataluña se publicaron numerosas ediciones de clásicos españoles, no faltaron otras de Ausias March en Valladolid, en Madrid y en Zaragoza.

Pero estas simpáticas relaciones, estas dichosas coincidencias y mutuos respetos, que soy el primero en celebrar y bendecir, no se manifiestan tan sólo entre las letras de aquende y allende el Ebro, sino entre todas las peninsulares, que para algo Dios las hizo nacer en el mismo suelo y las alimentó con la misma savia. No hay transformación en la España central á la que no corresponda otra igual en Lusitania ó en Cataluña. Boscán, Garcilaso y Saa de Miranda representan la misma evolución lírica; Ferreyra y Fray Luis de León cultivan al mismo tiempo las formas horacianas; el teatro español es tan aplaudido en Madrid como en Valencia y Lisboa, y simultáneamente se desarrollan en las tres literaturas las epidemias culte-rana y conceptista, y se deja sentir la hegemonía del neo-clasicismo francés. Todas las regiones de la Península de lengua no castellana llevan su contingente al rico acerbo nacional. El gran Camoens, Saa de Miranda, Cortereal, Melo, Montemayor, Matos Fragoso y muchos más, escriben con el

mismo espíritu y emplean indistintamente el portugués y el castellano. Valencia se presenta en la historia literaria con líricos como Gil Vicente, dramáticos como Guillén de Castro, épicos como Virués, novelistas como Mateo Luján é historiadores como Coloma y Moncada. Vasconia aporta el singular ingenio del gran Canciller Ayala, la grandeza épica de Ercilla, la tendencia didáctica del fabulista Samaniego y la ternura idílica de Trueba. Galicia ofrece, con una intensa nota de color local, para no citar más que dos representantes de dos épocas distintas, el sentimental Rodríguez del Padrón y Enrique Gil, el dulcísimo cantor de la melancolía. Cataluña aparece más tarde en este general concierto, y la obra de su asimilación literaria no se inicia realmente sino en la época del romanticismo, en la cual ejerce el mismo papel de adocrinadora y medianera de nuevas influencias extranjeras que en la época del Renacimiento. Antes de aquella evolución Campmany y Puigblanch habían dado ya lecciones de lengua castellana á los mismos maestros, y no estaba lejano el día en que un Cabanyes, un Piferrer y un Arolas se harían oír con sus inspirados cantos en las orillas del Pisuerga y del Manzanares, y en que un Aribau elevaría á las letras patrias el monumento de gloria más grandioso de los modernos tiempos.

No perdáis nunca de vista, estimados alumnos de esta Escuela, en vuestros futuros estudios

de la literatura nacional, formada por tan ricos patrimonios, el simpático cuadro que en rápido bosquejo acabo de presentar á vuestra consideración. De esta suerte comprenderéis todo su valor y su verdadero espíritu sin exclusivismos de ningún género ni intolerancias mezquinas. Y á fin de que nuestra labor sea más fértil, multipliquemos nuestra actividad y fortifiquemos nuestra constancia, para ahondar más y más en los secretos de nuestra historia literaria, para remover de continuo el campo donde yacen encerrados tantos tesoros lingüísticos y para sacarlos á la luz y á la admiración de propios y extraños. Prestémonos mutuamente sincero y desinteresado apoyo en esta generosa obra de reintegración intelectual, ya que profesores y alumnos hemos de ser en ella indispensables cooperadores.

HE DICHO.